



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS MÚSICOS VÍCTOR MIRECKI



Fig. de Bruck, Pasquetti, 14 y Carbon. J. Madrid

Tiene fama, y la merece,
pues toca el *violoncello*
de tal modo, que parece
que le tocan en el cielo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Al alcalde de mi pueblo, por Vital Aza.—Viaje á Aranjuez, por José Estremera.—LAS VIÉCENES LOCAS. Capítulo VI. *Un porche sin mantén*, por Clara.—El medio ambiente, por Sinesio Delgado.—Chisatú, por J. Postigo Acejo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Mirecki.—Reflexiones.—Compromiso, por Cilla.



La naturaleza nos ha obsequiado con una tempestad, pero sin rayos destructores. Una tempestad de tercera clase.

Hasta en esto se advierte la decadencia de los tiempos.

Hoy las verdaderas tempestades están en el alma, según dicen los pocos poetas románticos que van quedando.

Efectivamente, todos los días ocurre alguna escena terrible. Hoy es un amante que dispara cinco tiros de revólver sobre el objeto amado; mañana es una joven que se traga una tira de fósforos de cartón para buscar la muerte; otro día será un padre de familia que se comerá á sus niños, por no poderlos mantener.

Las viudas son, por lo general, las que con más frecuencia sienten rugir la tempestad dentro del pecho. No hace muchos días que una tal Canuta, esposa que fué de un veterinario algo poeta, muerto en el campo del deber, es decir, en la cuadra, á consecuencia de una cox alevisa, conoció en el café de Colón al agraciado Timoteo, joven curial, de ideas levantadas. Ella tomaba una ración de dulce de guinda con bollo de tahuna; él una chica de cerveza clara. Verse y amarse fué todo obra de un momento; después, él pidió permiso para acompañarla; ella no pudo decir que no, y juntos salieron con dirección á la calle del Sombreroete.

Pero Timoteo era pérfido como la onda, y una tarde dijo á Canuta:

—Bien mío. Tú tienes muy buenas prendas.

—Lisonjero...—contestó ella ruborizándose.

—Hablo de tus prendas de vestir. ¿Quieres prestarme tu manteleta de merinillo?

Y ella, inocente y sencilla como la tórtola, entregó á Timoteo la manteleta, juntamente con su corazón y otras frioleras.

Después desapareció Timoteo, quizás para siempre.

—¿Puede haber tempestad mayor que la que tengo en el alma?—decía Canuta, mesándose los cabellos.—Haber perdido la fe, las ilusiones y varias prendas de abrigo... Concibo el empeño; lo que no concibo es que se haya llevado también las papeletas!... ¡Ay, misera!

La juventud, sea ó no curial, está llena de vicios.

Ya se van acabando los hijos de familia que mantenían á sus ancianos padres, ó tíos indigentes, con el sudor del rostro. Hoy cada hijo tiene sus gastos propios y sus picardías propias también.

Hay muchos que no se contentan con ir al café los domingos por la tarde, sino que, además, acuden al Hipódromo, sabe Dios con qué fin. Al parecer, van allí á admirar el mérito artístico; pero si examináramos los hondos perfiles de su alma—que dice Selés, Gobernador de Sevilla,—veríamos cosas horribles. La mayor parte de esos chicos corruptos, aspiran al amor de las titiriteras, solo que no se atreven á manifestarlo públicamente.

Hace algunas tardes, cierto calavera del ramo de ultramarinos, estuvo contemplando, con aparente tranquilidad, las formas exuberantes de una francesa que levantaba con los dientes á dos ó tres miembros de su familia. El sujeto en cuestión esperó que la atleta terminara sus ejercicios, y penetró tras ella en su cuarto.

—¡Te amo!—dijo fuera de sí, cuando hubo cerrado la puerta y se vió á solas con el objeto de sus ansias.

Por toda contestación, la titiritera cogió al joven por los faldones del chaquet, y abriendo la puerta que da al pasillo, lo arrojó sobre un *clown* que estaba en aquel momento tiznándose para salir á la pista. El *clown*, que tiene un genio como un demonio, vió venir el bulto por el aire, y antes de que hubiese tomado tierra, ya le había dado dos patadas en el vientre. Después lo tomó en sus brazos y fué á arrojarlo de cabeza en un tonel destinado á lo pantomina. Cuando le sacaron de allí, el ultramarino no pudo articular más que estas palabras:

—Yo amaba. Nadie está libre de una pasión.

A lo cual contestó uno de los mozos del circo, que parece un perro de aguas con uniforme:

—Quien ama el peligro, en él perece.

La corrupción actual está dando motivo á todo género de desventuras.

Antes, con una peseta tenía cualquier joven lo suficiente para divertirse el domingo; ahora hay quien gasta cinco y seis reales y aún le parece poco.

—Veremundo—decía á su hijo una mamá del antiguo régimen.—Has llevado cinco reales y vuelves á casa con una pieza del perro. ¿Qué has hecho de lo demás?

El chico, presa de la turbación, clavada la mirada en el suelo, quisiera que se hundiese el pavimento bajo sus plantas.

—¿Callas?—replicó la mamá.—Ese silencio te delata. Veremundo: tú estás encenagado en el vicio.

También hemos tenido fiestas palatinas, y las calles se exornaron con todo el aparato de uniformes que emplean en estos actos solemnes nuestros condecorados, ex-ministros y demás gente ordinaria.

Daba gusto verles, bajo el peso de aquellas casacas, que parecían hechas para talles más ariosos y mejor configurados. En días así es cuando uno se convence de que ha estado viviendo entre superiores jerárquicos sin saberlo.

En más de una ocasión hemos visto por allí muchos seres, al parecer insignificantes y no siempre bien vestidos, que daban sablazos de á duro, como cualquier poeta silbado, y pedían cigarrillos al mismo Pavia, si era preciso.

Pues, cuando menos se piensa, surge una recepción en Palacio y resulta que aquellos á quienes hemos pagado el café ó han estado fumando á nuestra costa la mayor parte de su existencia, nos salen gentiles hombres, ó jefes honorarios de administración civil, ó caballeros de una orden, ó algo así inmaterial y eterno.

De todo lo cual resulta, que hay mucha gente con derecho á uniforme y que carece, sin embargo, de la necesaria ropa interior.

Con el tiempo hemos de ver que se organizan funciones dramáticas ó rifas benéficas para socorrer á una distinguida señora, condecorada con la banda de María Luisa y que cose para fuera.

Los Jardines del Buen Retiro son el refugio natural de las chicas guapas que acuden por las noches á tomar el fresco y á producir incendios en los corazones impresionables.

La oscuridad que reina en ciertos sitios apartados da lugar á errores lamentables. Una de las víctimas ha sido Juanito Regúlez, uno de los esposos más adúlteros que se conocen y uno de los seres más atrevidos que ha producido la madre tierra.

Juanito, que se había ido á sentar en la sombra, creyó descubrir á su lado un bulto informe, pero grande.

—¡Es una mujer!—dijo Juanito mentalmente.

Y como es gran aficionado á las hembras monumentales (sin duda porque su mujer parece un mondadientes) acercó su silla al bulto misterioso.

—Sí; es una mujer—seguía diciendo Juanito; y suspiró varias veces para ser oído. El bulto hizo un movimiento de extrañeza, pero el joven audaz, aproximándose todo lo

posible, prorrumpió en frases amantes y besó con efusión una mano que le supo á mieles.

En aquel momento la luna iluminó el cuadro y Juanito lanzó un ¡ay! de asombro

¡Aquel bulto era un canónigo de Cuenca!

LUIS TABOADA.

AL ALCALDE DE MI PUEBLO

Alcalde amigo y señor:
con el respeto mayor
y con mucha cortesía,
voy á pedirle un favor
que he de agradecer á usía.

No serán mis quejas tales
que en sesión los concejales
las discutan, ¡no por Dios!
Voy á hablar sólo de los
serenos municipales.

Comprendo que son muy buenos,
que hacen grandes sacrificios,
que están de virtudes llenos,
siendo grandes los servicios
que nos prestan los serenos.

Comprendo, como es razón,
lo necesarios que son;
mas, permítame que estalle,
porque no transijo con
el sereno de mi calle.

Cumple bien, á su manera;
hasta que despunta el día
no duerme un rato siquiera...
¡ojalá que se durmiera,
que yo también dormiría!

Su voz fuerte y penetrante
tiene la culpa de todo
Bueno que el sereno cante,
pero este canta de un modo
que el demonio que le aguante.

No es mala voz, no señor;
hay cantantes por ahí
que lo hacen mucho peor;
pero lo cierto es que á mi
me pone de mal humor.

Sus pulmones ejercita
con una voz como un trueno,
y el hombre se desgana
cuando, á voz en cuello, grita:
—¡Las dos y media y sereno!

¡Y es claro! ¿Qué ha de pasar?
Que así no puedo vivir
ni así puedo descansar.

¡Con tal modo de cantar
no hay manera de dormir!
Despierto sobresaltado;
me vuelvo del otro lado,
y cuando el sueño he cogido,

viene con otro herrido
á dejarme desvelado.

Siempre lanza su canción
debajo de mi balcón.

¡No se le puede sufrir!
Ya no sé lo que es dormir
ni dos horas de un tirón.

Yo soy un vecino honrado,
y cuando al dulce consuelo
del sueño estoy entregado,
nada me importa que el cielo
esté sereno ó nublado.

¿Con qué derecho ó razón
si dormo como un lirón
con tales gritos me asedia?

¡No quiero saber si son
las tres ó las tres y media!

Cuando quiera saber yo
la hora que es, ya la verá
en mi reloj, ¿por qué no?

¡Si se me para el reloj
ya se le preguntaré!

¡Tal empeño al cielo clama!

Que acuda si se le llama
y que cante *sotto voce*.

No he de pasarme la noche
dando saltos en la cama.

¡Yo no puedo sufrir esto!

¡No señor! ¡Ya no lo aguanto!

Si sigue así, por supuesto
que una noche me levanto
y voy y le tiro un tiesto.

Si el sereno ha de velar
para que estemos mejor
y podamos descansar,

¿á qué conduce, señor,
ese modo de gritar?

Haga usía, lo repito,
que esté sereno bendito
en adelante no cante,

ó que cante en adelante
muy bajito, muy bajito.

Este es el favor mayor
que yo á usía pediría.

Contando con el favor
queda agradecido á usía
su seguro servidor.

VITAL AXA.

VIAJE Á ARANJUEZ

Pues señor, no hay más remedio;
hay toros en Aranjuez
y mata cuatro Veraguas
el insigne Rafael.

Hay que ir allá, aunque se empeñen
los clavos de la pared
y aunque se quede mañana
la familia sin comer.

Vámonos á la estación.
¡Qué bullo, qué ruido aquel!
Hay que tomar los billetes
para entrar en el andén.

—¡El despacho de billetes
de tercera?

—Aquí no es.
Vayase usted allí enfrente,
el de la derecha.

—Bueno.
—¿Dónde va usted?

—Por billetes.
—¿A la cola?

—Fuera!
—¿A ver
si hay compostura y hay modos.
Atrás.

—Pero hombre, se es que...
—A mí no se me replica.

—Demonio, no pegue usted.

—Yo aquí soy la *autoridad*
y represento la ley.

Vaya usted donde le mandan
si quiere de bien á bien

ó le rompo la cabeza
y á la prevención después.

—Fuera!
—¿A la cárcel!

—¿Que baile!

—¿Quién da la voz?

—No *rempujar*.

—El despacho,
se abre esta mañana ó qué?

—Que abran!

—Que abran!

—Que *haga* modos.

—Silencio.

—Esto es un *hurdel*.

—¡Azah! *¡El que se ha abierto el des-*
—Caballero. *¡pacho,*
—¿Mandé usted?

—Usted que está ya tan cerca
de la ventanilla...
—¿Qué?
—¿Quiere usted hacerme el favor

de tomarme diez y seis
de tercera? Tengo aquí
mis niños y mi mujer
y no puedo abandonarlos.

—Venga el dinero.

—Ahl va: diez...
veinte, cinco... diez y siete...
cuatro por cinco... Eso es.

—Llevo tres cuartos de hora
en la cola. Al fin llegué.

—¿Dos billetes de tercera?

—No, señor; aquí no es.
Eso en el otro despacho.

—Pues señor, esto está bien
¡Si me han dicho que es aquí!

—¿Y yo qué tengo que ver?

—Vamos, ¿quiere usted quitarse?

—¡Fuera!

—¡Fuera!

—¡Ya me iré!

¡Si no me dejan salir!

Hombre que me rompe usted
un brazo.

—A mí no me empuja
usted ni nadie.

—Soez.

—¿Yo soez? Salga usted aquí,
que ahora lo vamos á ver.

—Guardia, guardia.

—Yo no puedo

ir ahí.

—¿Cómo, por qué?

—Porque estoy teniendo cuenta
del orden.

—Esto es cruel.

—Hombre, vaya usted con Dios,
que no me quiero perder
por un alhante aburrido.

—Me alegro, hace usted muy bien.
Abren la puerta. ¡Dios santol!

—¡Qué algazara, qué tropel!

Todos pretenden entrar
en pelotón, á la vez.

El que toma los billetes
no quiere retroceder
y se queda hecho una oblea,
arrimado á la pared.

Al empuje, los pestillos
de la media puerta que
queda cerrada, se rompen,
la hoja cede, se abre y cien
criaturas en montón
no se pueden sostener
y caen, de los que le siguen
al fiero impulso cruel.

—Juana.

—Pepe.

—¿Dónde está

mi chiquillo? ¡Bernabeel!

Después de la baravunda,
vuelve la calma otra vez.

—A ver si en este despacho...
Anda, salero!

—¿Qué fue?

—Que cierran la ventanilla.

—Como que ya se va el tren.

—Maldita sea mi suerte
y el momento en que pensé
salir de casa, y ¡maldita
la corrida de Aranjuez!

JOSÉ ESTREMEIRA.

LAS VIRGENES LOCAS (1)

CAPÍTULO SEXTO

Un paraíso sin manzanas

—Sigame V.—añadió D. Salustio, cogiendo de la mano á Octavio, que, atónito, con los ojos muy abiertos, acababa de oír tamaña revelación. «¿Son sus hijas las *Virgenes locas!*—pensaba.—¿Qué vírgenes son esas? ¿Qué hijas son éstas de quien nadie sabia? ¿Por qué me revela á mí tal secreto?»

Por una puerta de escape pasaron á una galería con vistas al jardín; después cruzaron dos salas, amuebladas con lujo elegante y parecidas al despacho en lo de tener sobre alfombra gruesa y muy blanda, pieles muy tupidas. Todas las paredes estaban cubiertas de almohadillada seda; todo contribuía allí á apagar los ruidos. Dejaron atrás un pasillo, y en su extremo D. Salustio se detuvo y abrió una puerta con una llave que sacó de un bolsillo del chaleco.

Volviéndose á Ortega, una de cuyas manos apretaba con la suya izquierda, le dijo sonriendo, con la dulce tristeza de siempre:

—Ahora empieza lo maravilloso. Vea V. lo que vea, no me tenga á mí por loco... aunque me vea hacer locuras. Recuerde que V. no sabe cómo quiere un padre á sus hijos; recuerde que yo soy rico... mucho más de lo que se dice... Adelante.

Un pasadizo estrecho, de paredes de mármol blanco, se presentó detrás de aquella puerta.

—Ya estamos en mi casa griega, mejor dicho... en la casa de mi hija Elena, Cristina cuando Dios quiera, ahora Elena: este pasillo es el *surorcion*, lo que hoy llamaríamos el vestíbulo; sigamos.—Dejando atrás el *palón* ó *surorcion*, llegaron al peristilo, patio abierto, con porticos de columnas en tres de sus lados.

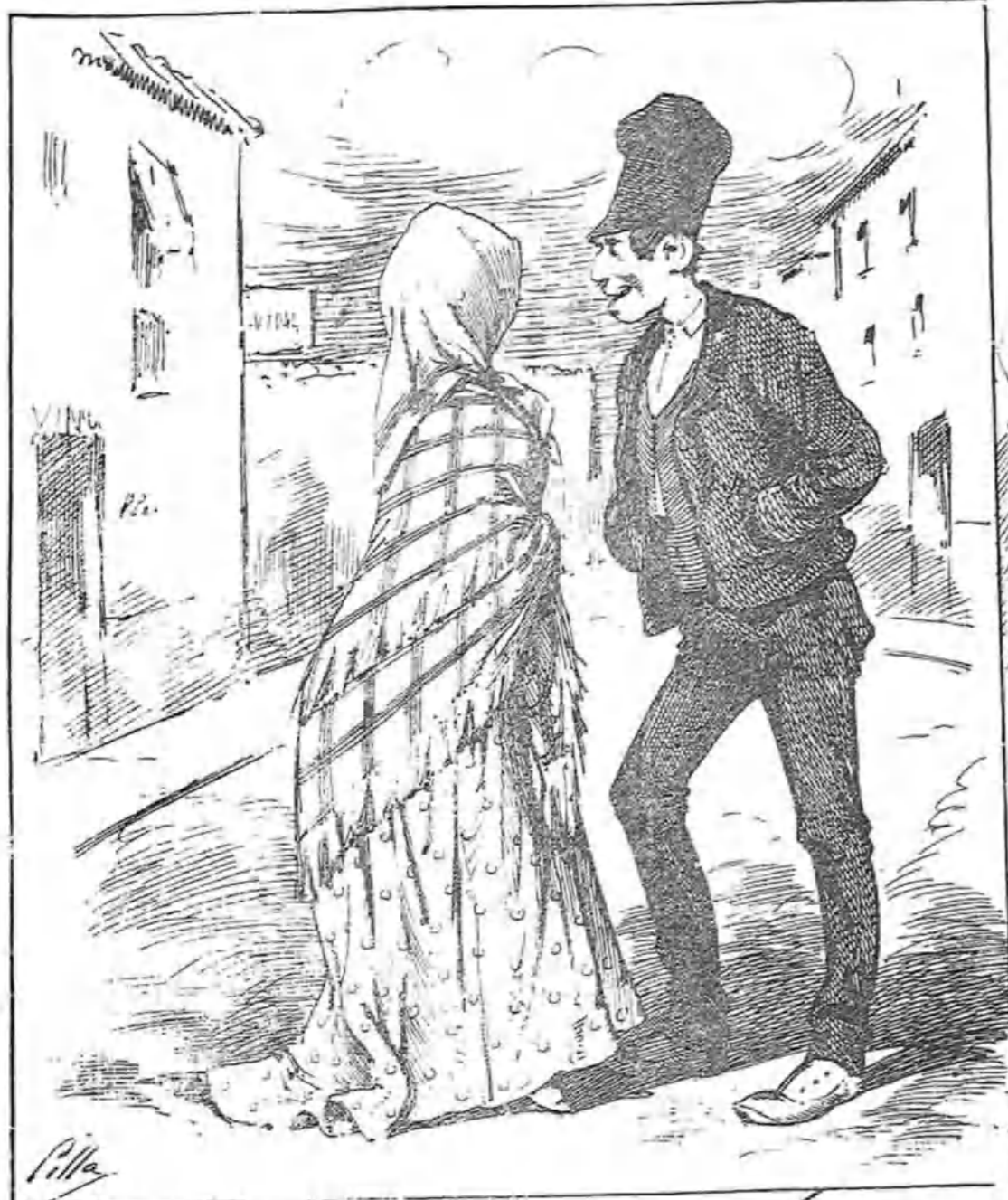
—Este es el *aula*; otros le llaman *topos periquión*. Ahora pasemos á esta cámara, que aparece por este lado abierta en toda su anchura; esta habitación en griego se llama *prostas* ó *parostas*. ¿Ve V. esta puerta de la izquierda? Pues ahí detrás está el *thalamos*, y ahí, á la derecha, el *aglitthalamos*; después, alrededor de las *prostas*, otros *subritulos* para mis hijas, para sus criadas y las habitaciones donde tralajan. Todo esto forma el *gineceo* ó *gynaiconitis*; la *andronitis* ó habitación del marido, está más adelante.

Detrás de esa puerta de enfrente, que se llama *Zura quepata*, está el jardín. Allí entraron sus dos hijas ahora. Pasaremos á verlas en seguida, pero antes... dígame V. Hablaremos aquí en la *prostas*, que le recordará el tablinum de los romanos. Siéntese V. y oiga con atención mi secreto.

Entonces reparó Ortega que, esparcidas por la sala, había si-

(1) Véase el núm. 174

REFLEXIONES



—Que yo la acompañe ó no
no es ir pa la Vicaría.
¡No sabes tú entodavía
lo decente que soy yo!



—Ea; hay que decidirse á ser formalito y
pensar en casarse... No me sientan bien las ca-
laveradas. ¡Como la de anoche sobre todo!



—Miste, niste, tío,
¡qué lujo! ¿verdad?
—¡Cuánto señorío!
¡qué barbaridad!



—¡Alguno que las echa
de caballero
quisiera las agallas
del Espartero!

¡Las hay bucnasi

illas y taburetes de extrañas formas. Sencillos *diíroi* de pies en forma de x, otros de pies en forma de tenazas abiertas y sin respaldo, otros con respaldo y de pies encorvados, *tronos* de respaldo bajo, *tronos* de respaldo alto, *tronos* con banquillo para los pies, alternaban con otras sillas que se llaman *clisivoi*, *clister* y *clisic*; había allí también una silla larga ó lecho de Procluso, dos *clisivoi*, destinadas al reposo, parecidas á nuestros sofás. Al lado de las *clisivoi* había sendas mesas, no más altas que los asientos de tres pies, y pequeñas. Los pies de estas mesas eran de bronce, y representaban piernas de animales acabadas en pezuñas. Completaban el mueblaje dos cofres parecidos á las maderas llamadas *jelus* y *foriamos*, cuyas tapas ostentaban relieves de artística invención, riquísimo trabajo que revelaba su alto precio. Una de estas arquetas ó baúles estaba adornada con multitud de clavos brillantes. Sobre las mesitas, y también sobre alguno de los bancos, había muchos vasos de elegantes y variadas formas, tales como se han encontrado en Veci (Opola Faswre), Clusium (Chiusi), Valtierra y Adria. Había entre esta cacharrería clásica ánforas de dos asas, como las que servían de premio en las Panaténicas, *pitoi* sencillos, *stamnoi*, *bizcoi*, *udria calpis*, *croisoi*, *laquinói*, especie de botella, un *ezón*, un *bombulios*, dos *leucosoi*, un *alpe* y un *alabastrón*.

Octavio se sentía mal contemplando todos aquellos jarros y vasos esparcidos por la mansión de dos mujeres locas... Todo aquello podía servir en un momento dado... para tirárselo á la cabeza á un importuno. Ortega era nervioso y ya creía sentir el ambiente de la locura que se filtraba por los poros de su cuerpo...

D. Salustio Durante comenzó á hablar. Su voz volvió á la realidad á su amigo. El tono era más dulce que solemne, la narración sencilla en la forma.

—Yo me quedé viudo á los nueve meses de mis bodas—decía el editor.—Mi mujer murió al dar á luz á la segunda de estas dos hijas mías, gemelas. Yo, inmensamente rico por la herencia intestada de un tío muerto en América, me había jurado consagrarme al estudio de por vida cuando era pobre; después de heredar ratifiqué mi promesa, y poniendo mi fortuna á parir por medio del ahorro y de empresas muy lucrativas, dediqué mi esfuerzo personal á la psicología. Durante muchos años, para mí no hubo en este mundo más que la misteriosa *psiquis*; enemigo declarado del materialismo, por odio á esta escuela, me arrojé al idealismo más exagerado, y quise probar que el cuerpo no era más que un producto del esfuerzo anímico, obra del alma. Pero al llegar á los treinta años, virgen como la nieve del puerto, puede V. creerme... determiné enamorarme y casarme, porque para los experimentos de mi privilegiada introspección necesitaba observaciones propias sobre el amor, la paternidad y la psicología de los niños. No se ría V., amigo Ortega...

—No, señor. Dios me libre.

—Quiero decir, que no se ría V. por dentro. Quise casarme enamorado de veras, y como en España no acababa de conseguir mi objeto, viaje en busca de la mujer más hermosa del mundo. Por un contraste muy natural, mi cuerpo flacucho y nervioso me pedía una hembra espléndida, una figura arrogante, formas perfectas y nada nimias; en fin, que quería casarme con la... *materia radiante*...

Corriendo el mundo llegué á Circasia... y allí por fin, y abreviando, me casé con una española, hija de un arqueólogo español tan desconocido como notable, que andaba por aquellos países buscando botones ó medallas. En fin, me casé con su hija, de cuya hermosura podrá V. tener idea exacta cuando vea á mi Elena y á mi Carmela, que son dos gotas de agua parecidas á una tercera que fué su madre. Mi mujer, educada por su padre para Pitonisa ó poco menos, sabía mucho más que yo, que sé bastante, y tenía el alma tan hermosa como el cuerpo. Era de una castidad ejemplar, y en ella el comercio matrimonial era, ante todo, una delicia sobrehumana, pero en la forma algo así como el rito de un culto pitagórico. Si dentro del matrimonio el acto carnal se purifica, puede decirse que mi matrimonio estaba dos veces purificado. Era aquello todo lo que yo podía soñar. La mujer perfecta, el amor perfecto, eran mi riqueza más preciada. Nueve meses fui dichoso como nadie puede imaginarse. Muerta mi Eufemia, todo el ardor de mi voluntad se concentró á mis hijas, y mi anhelo único era tener en ellas, en alma y en cuerpo, dos espejos de su madre que, puesto uno enfrente al otro, me estuvieran ofreciendo reproducido é indefinido número de imágenes á la mujer adorada por siempre perdida; pues aunque en otro mundo vuelva á juntarme con ella, tendré su espíritu, mas no su cuerpo. Mi suegro había perecido en Oriente á manos de no sé qué raza de beduinos. La educación de mi Elena y de mi Carmela me costó mucho dinero y muchos cuidados. La Naturaleza quiso ayudarme, y al forjarlas tan hermosas, y tan igualmente hermosas, me colmó de alegría.—Hizo una pausa D. Salustio, y continuó:—Todo lo que hace años padeczo, debo llevarlo con paciencia recordando lo muy feliz que he sido.

En aquel momento se abrió con fuerza la puerta del jardín. Bajo el dintel aparecieron dos figuras blancas, altas, esbeltas, arrogantes, unidas por las manos. Eran Elena y Carmela; las dos hermanas gemelas, las vírgenes de escultural hermosura. Eran idénticas. Su belleza era tal, que al querer reproducirla la Naturaleza en una de ellas, no había encontrado nada más perfecto que el molde de la otra; los ojos, recreándose en la belleza de la una, pasaban á la hermana, satisfaciendo una especie de gala del mirar. Eran la apoteosis de la carne. Blancura sonrosada, uniforme, proporciones perfectas, curvas graciosas, turgencias adorables, cuya abundancia estaba como compensada y reducida, gracias á la amplitud del conjunto, no de otro modo que la cúpula de San Pedro en Roma no parece al viajero tan grande como es por las buenas proporciones del edificio todo. Allí la expresión era la grandeza directa, armónica, no la gracia, ni la sal, ni la malicia. Aquella carne de mujer no podía menos de despertar en seguida la pasión correspondiente, el amor sexual; pero toda sensación voluptuosa se contenía, ó mejor, se depuraba en cuanto los ojos de Carmela ó de Elena miraban cara á cara como solían. En aquellas miradas de ojos negros, profundas, transparentes, había un brillo extraño, una especie de fosforescencia espiritual, una expresión, casi se diría un sabor de castidad artística... y además, de otra cosa que no se dice bien... Lo que siente el alma noble ante el desnudo del arte y ante la desnudez del anfiteatro, eso se sentía ante aquellos ojos que inspiraban amor sin querer, que encendían hogueras sin saberlo, que imploraban compasión siendo soberanos, que pedían el amparo de una idea siendo ideales, ojos, en fin, que retrataban el alma hermosa enferma. Podía decirse que eran aquellas mujeres, con aquellas miradas, el símbolo de la idealidad loca. Sólo se distinguían por la forma del vestido, tampoco por su color. Carmela vestía de monja, un poco teatral, toda de blanco, la toca como el hábito. Calzaba alpargatas, sin medias, y se velan sus pies hasta el tobillo, cuando andaba. Elena ostentaba su plástica belleza sin el encogimiento que su hermana revelaba bajo el hábito, sin aquellos temblores de castidad que rizaban los pliegues del traje de la monja como una brisa tenue riza la superficie de un lago; Elena, como aún estaba vestida de sutiles paños, dejaba adivinar de cerca, bajo la blancura de un elegante *ampejonida*, de mangas abiertas, sus formas de Juno, la de los brazos blancos, como dice Homero. Debajo del *ampejonida*, más ceñido al cuerpo gracioso y fuerte, vestía un jitón de pliegues abundantes en la cintura. Una trenza fertilísima, abundante de pelo como la endrina, coronaba la cabeza pequeña y fina, ceñiéndola como una gran *rosca* tejida; por debajo de esta trenza brillaba una especie de diadema llamada *estefané*. Calzaba Elena la graciosa sandalia (*sandalien*), cuyas cintas y correas, en complicadas vueltas entrelazadas, se juntaban en un *fibula* en forma de corazón.

Al ver á Octavio, Carmela palideció, bajó la mirada, cruzó las manos sobre el pecho, inclinó la cabeza, y dando media vuelta se volvió al jardín.

Elena sonrió, miró al joven cara á cara, y con una voz muy dulce, un poco hueca, dijo lentamente:

—Mi pobre hermana... está loca.

Octavio y D. Salustio se habían puesto de pies. Elena se sentó en el lecho de Procluso, cerca de Ortega, y alargándole una mano, le dijo:

—Siéntate aquí, extranjero.

A una seña de Durante, Octavio obedeció.

Los ojos de la loca le miraron de cerca. Octavio creyó que el alma se le llenaba de una borrachera mística; se sentía mareado en un mar de delicias... El brazo blanco, desnudo, de Elena, se apoyaba en el respaldo del lecho, cerca del codo del novelista.

D. Salustio espía las emociones de su amigo.

Era un contratiempo la presencia de Elena antes de que él hubiera podido explicar á Ortega sus planes, y el género de locura de sus hijas.

Octavio, envuelto en la atmósfera de una voluptuosidad extraña, en que entraba por mucho la ausencia de la razón, tenía deseos íntimos de llorar. Sin pensar ya en Durante, dejó que su mirada se arrojase en los ojos negros que le sonreían desde el infinito misterioso del amor loco. Elena al ver callaba, sin que su mirada se turbase ni cambiara de expresión; sólo su carne, la del rostro y la de la garganta, descubierta, pasó del rosa pálido al encarnado de la pasión viva; su fuerte seno palpaba con ansiedad bajo el lino del jitón vaporoso.

El amor despertaba en ella como un recuerdo; respiraba y miraba como apagando una sed ideal, adormecida en el sopor de la fiebre. D. Salustio espía conriendo con dulce tristeza.

(Continúa.)

CLARÍN.

EL MEDIO AMBIENTE

La buena doña Luz me desespera,
diciendo que su niña
es la virtud andando, y no exagera,
pues por mucho que escarba y escudriña
la gente maliciosa,
no hay miedo que la fuerda y la critique,
que es difícil hallar alguna cosa
que al honor de la niña perjudique.
Pero esto, aunque es verdad, no es un motivo
para tostarme vivo,
contándome una historia
que sé, como quien dice, de memoria.
¿Que la bella Fernanda se ha educado
tan admirablemente,
que un hombre puede amarla sin celos:
llevando alta la frente?
¿Que nunca la mamá la dejó sola,
como dejan algunas á sus hijas,
y no ha llevado novios á la cula,
y la dió la moral que la acrisola
leyes eternas, intantables, fijas?
¿Que no ha tenido nunca devaneos,
ni bailes, ni paseos,
y no sabe de amor ninguna cosa,
y es sencilla, y modesta, y hacendosa?
Pues viene á resultar que es buena chita;
sí, pero eso no indica
que sea tan feliz como Dios manda
el sujeto que cargue con Fernanda.
¿Por qué? Pues la razón es muy sencilla:
Hubiérase criado la chiquilla
sirviendo de criada ó de niñera
en casas donde hubiera señoritos,
ó haciendo gorgoritos
en los coros, cantadas en hilera,
acechada por tunos y gominos,
alegres, atrevidos y viciosos;
hubiérase educado en los talleres
ó en las horchaterías,
donde todos los días
hace caer el diablo á cien mujeres,
donde cuestra una lucha porfiada
el penoso deber de ser honrada...
¡Y si lo fuera en tales condiciones
no habría que temer las tentaciones!
Lo que nunca ha pasado luego pasa.
La mujer que se casa,
á la vez que marido
toma una libertad que no ha tenido,
la de lucir el talle
paseando solita por la calle
Y habiendo tantos pillos y traidores
que esconden las espigas y echan flores,
es fácil, según creo,
que salga á relucir, por un descuido,
el instinto fatal del coqueteo,
durante tantos años escondido.
No se me importa nada
que de esto piense el mundo lo que quiera,
pero á mí se me ocurre una bobada:
¡que si ha de claudicar cuando casada,
más vale que claudique de soltera!

.....
¿Cómo se ha de elegir? Me vuelvo loco
siempre que me echo á meditar un poco.

SINESIO DELGADO.

¡CHISSTT!...

Cállate, nada digas, es preciso
ocultarlo, por Dios;
ignoren todos la amorosa escena
que en tu casa pasó.
Olvida para siempre aquella noche,
en que juntos los dos,
tú, reclinada sobre el hombro mío,
y acariciando yo
los caprichosos rizos de tu pelo
tan rubio como el sol,
me escuchabas temblando, como tiembla
la delicada flor,
cuando su tallo mueve con violencia
el furioso aquilón,
las frases de cariño, mis suspiros,
mis protestas de amor,
los ruegos impuros del deseo
que enjendra la pasión...

Olvidala, amor mío; tú no sabes
lo que el mundo traidor
diera por conocer algún detalle
de lo que sucedió,
para clavar sus dientes en tu fama
y salpicar tu honor
de la asquerosa baba que despiden
ese monstruo feroz.
Cállate, por piedad, luz de mis ojos;
calla, porque si no,
tu venturosa paz se trocaría
en desesperación.
Calla, y así que estemos otra noche
muy juntitos los dos,
habla; pero muy bajo... muy bajito...
que sólo te oiga yo.

J. POSTIGO ACEJO.



Dice *La Correspondencia* que en la posada de San Antonio
se descubrió un robo por valor de 2.000 pesetas.

¡Un robo por valor! La verdad es que este es un detalle interesante para que no se crea que ha sido por miedo.

Y por valor de 2.000 pesetas.
Que es como dicen algunas hojas de servicios: Valor acreditado.

El robo se descubrió; pero según indica el eco imparcial de la opinión y de la prensa, los autores no se han descubierto.

Que hubiera sido lo más importante.

Pero ¡quía! Los ladrones de hoy son de lo más groseros...

Ya ven VV.

Se presentan al fin los guardias, las autoridades, y ellos ¡nada! no se descubren. ¡Descorteses!

Las Ocurencias refiere que cuatro presos se han fugado de la cárcel de Granada, sorprendiendo al portero, quitándole las llaves y encerrándose después.

Por lo visto, los presos trataron de darle una lección.

Porque eso fue como decirle:

—Si tú nos hubieras encerrado como nosotros te encerramos, á buen seguro que no nos hubiéramos podido fugar.

Y es que aquí están muchos papeles cambiados.

Si á esos presos los hubieran hecho carceleros, ¡qué bien habrían cumplido su deber!

Según cuentan, un sujeto

al que apodan el *Levita*,

promovió un terrible escándalo

yendo en mangas de camisa.

Y al escucharlo una moza

de rompe y rasga, decía:

—Pus si no ha empeñado el mote,

ya ve usted que no se explica.—

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Segismundo.—¿Una correspondencia cada semana? ¡Hombre! Usted nos ha confundido con otro. ¿Dónde la ibamos á meter ni qué le importa eso á nadie?

Castana.—¿Ojos no es el masculino de hojas, y, por consiguiente, se escribe sin h. Y ¿qué son sueños *ocenas*? ¡Ah, vamos, sí! Ocenses.

Sr. D. J. R.—Guadalajara.—Esos no se llaman epigramas; se llaman porquerías. Crea V., que así los hace cualquiera.

Sr. D. J. M. I.—Sevilla.—Cuenta V. las sílabas á ver si esos versos tienen ocho cada uno por casualidad. Porque á mí no me sale la cuenta.

Pseudónimo.—¿De dónde ha copiado V. eso?

Sr. D. C. R.—Zaragoza.—Sirve.

Como V. quiera.—Eso no.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Sigue V. exactamente lo mismo.

Sr. D. G. G.—Madrid.—Recibida y hecho.

Sr. D. E. V.—Barcelona.—Ese final, francamente...

Cachito de Gloria.—Un millón de gracias por la honra que V. me hace, pero ya comprenderá V. que en mi situación me es imposible corresponder á ella. Si V. hubiera dicho su nombre yo le hubiera explicado las razones.

Sr. D. R. M.—Madrid.—También costaría trabajo saber si todos los octosílabos esos son octosílabos.

A. Guardia T.—No; aguárdese V., que eso no se puede publicar.

Sr. D. E. del V.—Madrid.—Esa es mediana. ¿La otra? El 98.

Sr. D. J. D.—Gracia.—Perdó la oportunidad.

Ruiseñor sin alar.—Y sin pico y sin contar las sílabas... de manera que no es V. ruiseñor.

Sra. D.^a E. F.—Cádiz.—Es muy bonita composición, pero el chiste final se ha usado muchísimo en el teatro y en la prensa. Es una lástima. Cuando envíe V. algo, firme con su nombre. Porque me parece que tiene usted de señora lo que yo.

El pez sin escama.—Valladolid.—El que tiene la escama de que no sabré V. hacer versos en su vida, soy yo.

Un santito.—Madrid.—Santas y buenas guasas nos dé Dios, hermano.

Tribaldos.—Madrid.—Gastado... y con muchísimos ripios!

Jayugo.—Hombre! ¡qué lástima de final cursi!

Mageyi.—Pues no se alegre V., porque no puedo publicarlos.

Jaque-Mate.—Además de sucio, ese epigrama hacía desternillarse de risa á los tres hijos de Noé.

MADRID, 1916.—Tipografía de MANUEL G. HERNANDEZ, impresor de la Real Casa.
Libertad, 14 duplicado, bajo

COMPROMISO



—¡Que te la bebes!
llevu doce...

—Si ya

—Soy tu amigo
y si no bebes conmigo
te arrimo una *manguzá*.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cerrantes, 2. segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Teléfono núm 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
29 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES — TAPIOCA. — SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO